

La Construcción Social de la Persona según G. H. Mead.¹

Rubens R. Méndez

Oswaldo San Giacomo Parodi en su artículo Trabajo Social y Proceso de conocimiento nos dice que:

“En el contexto del esfuerzo humano para apropiarse del conocimiento de la realidad, es donde a nuestro juicio, se puede ubicar la necesidad de contar socialmente con una profesión como la de trabajo social [para agregar] En este esfuerzo mutuo de comprensiones, las personas participan asumiendo el proceso de conocimiento para avanzar hacia la transformación de la realidad. Esto, a su vez, equivale a apropiarse de los procesos que integran y se articulan en el desarrollo de toda situación humana, que por medio de su comprensión se trata de objetivar. Los nexos entre estos contenidos, vínculos humanos y materiales en que se originan, no aparecen en la expresión aparental de la situación humana en cuestión, sino en la profundidad esencial de los procesos que la constituyen”.

Tomé estas afirmaciones de San Giacomo Parodi porque creo que en ellas está resumida la complejidad de la intervención profesional y donde además, queda bastante claro el importante diseño arquitectónico de conceptos y teorías sobre el hombre, la sociedad y la realidad que esta disciplina debe manejar.

No estamos diciendo que el trabajador social debe saber todo lo que pasa en la sociología, la psicología, la filosofía, la historia, la antropología y las demás ciencias del hombre. Sino que debe conocer las temáticas fundamentales donde todas estas disciplinas se reúnen y ofrecen sus comprensiones sobre ellas.

En una vida entregada a sí misma hay un esfuerzo del hombre por recobrar, por comprenderse (Merleau Ponty, M. 1977) y es en este contexto existencial del hombre para con sí mismo y con la sociedad, donde el trabajo social

¹ Este artículo se encuentra publicado en el libro “Trabajo Social y Persona” (2002), Mar del Plata, Paidea. Si bien mantiene el contenido original, se han modificado algunas correcciones para facilitar su lectura.

tiene algo que aportar a este esfuerzo. Por ello es que la sistematización de esta experiencia humana de ayuda se va convirtiendo en una disciplina, en un contexto histórico donde es necesaria.

Si bien el hombre pudo pensarse a sí mismo y transformarse desde cualquier época, no es menos cierto que este derecho a ser un sí mismo, debió esperar la fuerza de ideas libertarias de los dos últimos siglos para poder ser un bien común.

Que se reconociera la individualidad del ser humano y sus posibilidades no significaba el reconocimiento de poner en igualdad de condiciones a todas esas individualidades (Edad Media, Feudalismo), como tampoco el hecho de que se debían abrir espacios en la sociedad para que existieran mayores posibilidades para todos.

Este pensamiento que se sistematiza con mayor rigurosidad a partir del socialismo, propone que existan espacios de experimentación social para todas las posibilidades humanas, por ello es una idea de una inagotable fecundidad. Pero esta idea y en realidad la humanidad misma, se asienta en una dialéctica hombre y sociedad tan compleja que es la que mayores esfuerzos de entendimiento ha llevado al pensamiento humano, desde la antigüedad clásica, hasta hoy.

Dentro de los debates sobre el hombre y la sociedad, se han presentado innumerables interpretaciones. Desde aquellas ideas para las cuales la sociedad es un momento ulterior y dependiente, como si fuera “un mal necesarios” para el individuo (liberalismo clásico); hasta aquellas otras que ponen a la sociedad por sobre el hombre que la constituye, abriendo la puerta así a la posibilidad de la eliminación del individuo si la sociedad así lo requiere (fascismo, marxismo-estalinismo). Y en una escala menor, pero no por ello inexistente, la famosa “razón de estado” utilizada por el capitalismo reinante.

Imposibilitados de dar cuenta de este debate en este artículo, utilizaremos una de las obras más importantes para presentar las tesis básicas, “El Apoyo Mutuo” (1902) de Pedro Kropotkin.

En ella Kropotkin nos dice:

“Probablemente se nos observará que la ayuda mutua, a pesar de constituir una de las grandes fuerzas activas de la evolución, es decir, del desarrollo progresivo de la humanidad, es sólo una de las diferentes formas de las relaciones de los hombres entre sí; junto con esta corrientes, por poderosa que fuera, existe y siempre existió, otra corriente, la de auto-afirmación del individuo, no sólo en sus esfuerzos por alcanzar la superioridad personal o de casta en la relación económica, política y espiritual, sino también en una actividad que es más importante a pesar de ser menos notable; romper los lazos que siempre tienden a la cristalización y petrificación, que imponen sobre el individuo el clan, la comuna aldeana, la ciudad o el estado.

En otras palabras, en la sociedad humana, la autoafirmación de la personalidad también constituye un elemento de progreso.

Es evidente que ningún esquema del desarrollo de la humanidad puede pretender ser completo si no se consideran estas dos corrientes dominantes.”

En estas líneas Kropotkin dice varias cosas que nos interesan:

- la evolución de la especie no descansa en una errónea interpretación de Darwin que establece que la selección natural se da a partir de la lucha por la existencia, después de la cual el que resulte vencedor sería el más apto. Sino que es la existencia de la ayuda mutua un factor importante en la evolución progresiva de la especie.
- la enunciación de que esta dependencia recíproca de los hombres se optimiza con la práctica de la ayuda mutua.
- la importancia de este principio en la evolución, no invalida la autodeterminación y autoafirmación del individuo. Es más, este principio de autodeterminación es importante en tanto y en cuanto permite al hombre luchar para modificar las organizaciones, que construidas bajo este impulso de asociarse, luego pueden volverse burocráticas o en contra de la vida misma (las denominadas organizaciones totalitarias).

Establecido entonces que es con ambas tendencias de la especie que la misma logra su desarrollo y que no es con la predominancia de uno sobre el otro que se logra un desarrollo progresivo, que podemos comprender el fenómeno del nazismo y el fascismo. Movimientos sociales que conscientemente abrazados por la sociedad significaron desarrollos regresivos y con peligro para la especie misma.

Sin embargo, si bien se puede comprender la existencia de estas tendencias, para nosotros, profesionales de la intervención en situaciones individuales, grupales y comunitarias, es de primordial importancia conocer las teorías que materialmente dan cuenta del engranaje entre lo individual y lo social; he aquí la importancia de George H. Mead.

Los temas que enfrentó Mead se encuentran en la base de la filosofía social, la psicología social, la cuestión social, la ética y la política; y sus consideraciones son tan sólidas que han podido vencer desde múltiples y "desinteresados olvidos" por parte de algunos autores, cómo las estrechas miradas ideológicas eurocentristas sobre la construcción social de la persona, perforando en algunos casos algunas nociones colectivistas ingenuamente fundadas.

Existen algunas correspondencias entre el Marx de la Ideología Alemana cuando expresa: "La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real", con el trabajo de Mead para demostrarla construcción de la conciencia de sí (el ser persona), dentro del proceso de su vida real. Es por ello que Mead se aferra a la "exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres" como decía Marx para entender como un ser que ofrece el espejismo de ser individual y autodeterminado, es en realidad, un ser social, en el mismo momento.

Este problema sobre la constitución de la naturaleza humana, implica el problema de la comprensión de la acción humana.

Interrogantes tales como ¿Puedo comprender las acciones del otro? Y si es así ¿Por qué?, ¿Es posible entender los significados que el otro le da a su conducta?, ¿Qué quiere decir que una persona atribuye significado a su acción?;

estas preguntas están dirigidas no solo a cuestiones abstractas, sino a las acciones concretas donde el hombre pone en juego su libertad.

El camino emprendido por Mead para afrontar el tema del individuo y la colectividad comienza con la investigación de las relaciones interpersonales y la indagación sobre como se construye la acción de los agentes que interactúan en dichas relaciones.

Primero y apoyándose en autores anteriores concluyó que las limitaciones biológicas que el ser humano trae en el momento de nacer, específicamente nos referimos a las pocas herramientas instintivas de las cuales está provisto, contradictoriamente es una de sus fortalezas. Ya que el hecho de no estar condicionado como forma, a un medio determinado, le da la plasticidad de poder abarcar cualquier medio. Por ello, en esta lógica, es la comunicación la herramienta principal que le permite a la "pobre" criatura humana sostenerse en la lucha por la vida.

Es a partir de esta premisa que el autor comienza con el análisis del hecho comunicativo (tal vez por ello es que J. Habermas advierte en Mead a uno de los filósofos que inauguran un nuevo camino en la interpretación del sentido de la acción humana) observando que existe un proceso que va desde el gesto al lenguaje (este último reservado sólo a la especie humana) y que la diferencia fundamental que va separando a ambos es la posibilidad de construir una significación más acabada para los interlocutores.

Indudablemente estamos dando por supuesto que el lenguaje implica siempre una relación con el otro, pero también, y esto es muy importante para Mead, implica una relación con nosotros mismos. Un ejemplo de ello lo tenemos cuando el bebé comienza a emitir sonidos para comunicarse y de pronto se da cuenta que es él mismo quien los emite, sorprendiéndose primero, para luego repetir la experiencia para sí. Este momento es relevante, porque el acto que efectúa el niño está motivado en la necesidad de ir hacia el otro, en un acto originalmente social; pero al mismo tiempo, ese niño, se descubre a sí mismo, advierte su incipiente "yo".

Esta forma de analizar la acción da cuenta que la misma es un proceso que se puede dividir en fases, donde el movimiento para pasar de una fase a otra está dado en que ambos actores son fuente de estimulación para el otro y para sí mismo. Significa que en el momento en que se desenvuelve este proceso los actores deben ponerse en el lugar del otro, tener en cuenta sus expectativas, adoptar sus papeles; en suma; orientar su conducta hacia las posibles reacciones de los demás.

Todas estas previsiones para llegar a un desempeño eficaz en la comunicación y en las relaciones sociales es a lo que Mead denomina "otro generalizado".

Esta importancia radical del otro en la constitución de la unidad personal descrita en este movimiento concreto de la conducta, explica también porque la comprensión de esta realidad sólo puede ser dialéctica.

Como expresan Berger y Luckman (1986) "El período en que el organismo humano se desarrolla hacia su plenitud en interrelación con su ambiente, es también aquel en que se forma el yo humano. La formación del yo debe, pues, entenderse en relación con el permanente desarrollo del organismo y con el proceso social en el que los otros significativos median entre el ambiente natural y el humano."

Para Mead la inteligencia, la reflexión, la conciencia de sí, los atributos del ser persona, no vienen dados, son tan sólo posibilidades; o como diría Merleau Ponty, horizontes posibles. En el desarrollo social del organismo se van construyendo esas estructuras o si se prefiere, se van alcanzando esos niveles, que van conteniendo el uno al otro. El gesto está contenido en el gesto vocal, y éste en el gesto signifiante, y éste en el lenguaje, y la relación establecida en el lenguaje provoca una cooperación donde necesito detenerme en la reflexión, que me coloca en comunicación con mi conciencia de sí y que en su forma dinámica para cada actor, es una cooperación inteligente.

No se trata de que en algún momento mágico del desarrollo del hombre aparece esta entidad denominada "persona" y ella comienza a organizar las actitudes sociales de ese ser humano, porque como expresa Mead

"El proceso del cual surge la persona es un proceso social que involucra la interacción de los individuos del grupo e involucra la preexistencia del grupo. Implica, también, ciertas actividades cooperativas en las que participan los distintos miembros del grupo. Involucra, además, que de ese proceso puede desarrollarse, a su turno, una organización más complicada que aquella de la que ha surgido la persona, y que las personas pueden ser los órganos, las partes esenciales al menos, de esa organización social más complicada dentro de la cual surgen y existen esas personas. Y así, existe un proceso social del que nacen las personas y dentro del cual tiene lugar la diferenciación, evolución y organización ulteriores."

Es de notar que este tipo de planteo coloca a las posibilidades, obstáculos y facilidades que ofrece la sociedad a sus miembros, en un lugar distinto para comprender la génesis de algunos comportamientos que aparecen reservados sólo a la sanción individual.

Si una persona debe tener en cuenta las actitudes de los otros, "saber lo que ellos quieren y cuáles serán las consecuencias de cualquier acto de él, y ha asumido la responsabilidad de la situación"; las organizaciones sociales, los grupos sociales, las instituciones sociales, en suma el orden social; deja de ser inocente respecto a lo que ocurre con los individuos dentro de él mismo.

Es la "experiencia, concepto importante en Mead y en Dewey, donde se presentan y confirman estos procesos. Es en la experiencia donde aparecen diferenciados un "yo" y un "mi" a cada instante de las relaciones interpersonales.

La experiencia de tener amigos, la experiencia de tener un tiempo para ser niño o hijo, la experiencia de poder estudiar, la experiencia de recibir responsabilidades, de pertenecer a un grupo, de sentir ser parte de una comunidad; constituyen el "mi". Sin embargo, si una situación se presenta distinta, la solución para el actor será novedosa. También puede suceder que necesitamos

afirmarnos contra otros intereses y adoptar distintas actitudes que los otros. Estas son las reacciones que representan al "yo" de la persona.

Entre estas dos fases que constituyen la persona hay una correspondencia en su formación y en la determinación de sus características. Quiero decir, los déficits en el proceso de constitución del "mi", también pueden acarrear un "yo" irreflexivo y que en su accionar no tome en cuenta las necesidades de los otros, o de su comunidad; la que por otra parte antes, no lo había reconocido como parte de ella.

Lamentablemente en trabajo social encontramos muchos ejemplos de esta situación. Por ello solo son afirmaciones voluntaristas las que hablan de cambios pero no proponen instrumentos concretos en la base de los grupos sociales, para que estos comiencen a interactuar de otra manera entre sí y con el resto de la sociedad.

Cuando las instituciones se cristalizan en una dialéctica interna de sobrevivencia, siendo sensibles sólo a sus propios intereses; se está perjudicando a la sociedad porque la convierte en un espacio de resignación, pero además detiene el desarrollo del ser persona de cada individuo.

Mead hace referencia a este momento cuando manifiesta:

"Un hombre tiene que conservar su respeto hacia sí mismo, y es posible que tenga que oponerse a toda la sociedad para conservarlo. Pero lo hace desde el punto de vista de lo que considera una sociedad más elevada y mejor que la que existe. Ambas cosas son esenciales para la conducta moral: el que exista una organización social y que el individuo se conserve. El método para tomar en cuenta todos los intereses que componen a la sociedad por una parte y al individuo por otra es el método de la moralidad."

Si la persona es el resultado de un proceso colectivo e individual, de construcción cotidiana y conciente, que va resolviendo desigualdades; el trabajo social se encuentra en inmejorable posición, con las condiciones de realidad existentes, para favorecer ese proceso.

Bibliografía:

ALEXANDER, J. (1987) La Centralidad de los Clásicos, en *La Teoría Social Hoy*, A. Giddens, J. Turner y otros. Madrid. Alianza.

BERGER, P. Y LUCKMANN, T. (1986) La construcción social de la realidad. Buenos Aires. Amorrortu.

DI CARLO, E. (1995) La Comprensión como Fundamento de la Investigación Profesional. Mar del Plata. Humanitas.

JOAS, H. (1987) Interaccionismo Simbólico, en *La Teoría Social Hoy*, A. Giddens, J. Turner y otros. Madrid. Alianza.

KROPOTKIN, P. (1989) El Apoyo Mutuo. Colombia. Madre Tierra.

MEAD, G. H. (1993) Espíritu, Persona y Sociedad. México. Paidós.

MARX, C. (1990) De la Ideología Alemana, en *Marx y su concepto del hombre* de Erih Fromm. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

RICHMOND, M. (1962) Caso Social Individual. Buenos Aires. Escuela Nacional de Salud Pública.

SAN GIACOMO PARODI, O. (1999) Trabajo Social y Proceso de Conocimiento, manuscrito del autor.